

Chapter Title: Introducción: La pandemia y sus ecos globales

Chapter Author(s): Breno Bringel and Geoffrey Pleyers

Book Title: Alerta global

Book Subtitle: políticas, movimientos sociales y futuros en disputa en tiempos de pandemia

Book Editor(s): Breno Bringel, Geoffrey Pleyers

Published by: CLACSO. (2020)

Stable URL: <https://www.jstor.org/stable/j.ctv1gm027x.3>

JSTOR is a not-for-profit service that helps scholars, researchers, and students discover, use, and build upon a wide range of content in a trusted digital archive. We use information technology and tools to increase productivity and facilitate new forms of scholarship. For more information about JSTOR, please contact support@jstor.org.

Your use of the JSTOR archive indicates your acceptance of the Terms & Conditions of Use, available at <https://about.jstor.org/terms>



This book is licensed under a Creative Commons Attribution-ShareAlike 4.0 International License (CC BY-SA 4.0). To view a copy of this license, visit <https://creativecommons.org/licenses/by-sa/4.0/>.



CLACSO is collaborating with JSTOR to digitize, preserve and extend access to *Alerta global*

Introducción

La pandemia y sus ecos globales

Breno Bringel y Geoffrey Pleyers

La pandemia del nuevo coronavirus ha generado un estado de alerta global, dejando el mundo en suspenso. Más allá de todas las dimensiones macro, se trató de un acontecimiento global que cambió las rutinas y las vidas diarias de cada ser humano en el planeta, con múltiples impactos para el futuro. Miles de millones de personas quedaron confinadas. Otras, sin embargo, no se pudieron permitir este lujo y siguieron trabajando en el sector de la salud, en la producción, en la distribución de alimentos, en el trabajo social, el transporte, la limpieza y varias otras tareas que, aunque son definidas como “actividades esenciales” en nuestras sociedades, no son suficientemente reconocidas y valoradas. A su vez, los trabajadores de la economía informal, aquellos que viven al día o los que perdieron su empleo pasaron a preocuparse no solo por un virus, sino también por el empobrecimiento rápido en un contexto repleto de incertidumbres.

Ante la amenaza de la Covid-19, gobiernos locales y nacionales recurrieron a los médicos, biólogos, virólogos y epidemiólogos para tratar de contener la pandemia, diseñar las respuestas políticas y buscar una vacuna. Las ciencias sociales también se movilizaron en

todas partes del mundo, aunque no siempre con el mismo grado de incidencia pública. ¿Tendría eso que ver con una menor legitimidad de las ciencias sociales ante las denominadas “ciencias de la vida”? Un médico prestigioso acompañando a un comité de crisis suena relevante, pero, ¿dirían lo mismo si en este comité también hubiese sociólogos, psicólogos o filósofos que aportaran otras lecturas sobre la crisis sanitaria y pudieran trasladar sus propuestas para los gobiernos y la sociedad como un todo? Curiosa división, por cierto: de un lado, la vida; del otro, lo “social” o lo “humano”. La salud, no obstante, es uno de esos temas que no entiende de fronteras disciplinarias y del conocimiento. Aunque en la práctica la división pueda reforzarse por la jerarquización política de los saberes y las “expertises”, mucho se ha avanzado, principalmente en el Sur Global, en un entendimiento holístico, multidimensional y colectivo de la salud, entendida mucho más allá de una dimensión fisiológica individual.

Una de las principales contribuciones de las ciencias sociales al debate público contemporáneo tiene que ver precisamente con la ampliación de la visión sobre la salud y el riesgo, algo fundamental para que se puedan gestar diagnósticos más atinados sobre los orígenes de la pandemia, políticas más eficaces para su contención, bien como estrategias orientadas a vislumbrar el mundo post-pandemia. Aunque el virus en sí sea un agente biológico que puede infectar a cualquiera de nosotros, somos profundamente desiguales en el enfrentamiento a la pandemia. Por ello, el énfasis en la naturaleza ecosistémica y social de la pandemia es central para recordarnos las profundas asimetrías globales y desigualdades de clase, raza y género, bien como para vincular la crisis sanitaria a otras crisis previas –ambiental, social y política– que hoy solo se profundizan.

La pandemia del coronavirus no llega en cualquier espacio-tiempo. Lo hace en un momento histórico de agotamiento de los recursos naturales y de emergencia climática y medioambiental en el que el capitalismo muestra su cara más depredadora. También de retrocesos democráticos y de derechos y de desconfianza y rechazo hacia los sistemas políticos. Asimismo, vivimos en sociedades resquebrajadas

por profundas desigualdades (tanto Norte/Sur como al interior de las sociedades nacionales) y con los servicios públicos desmantelados por décadas de neoliberalismo que, más allá de la economía, también impregnó fuertemente las subjetividades individuales y colectivas. Mientras tanto, la digitalización de la sociedad ha posibilitado una mayor interacción entre las personas y un mayor flujo de información sobre la pandemia, pero ello ha estado acompañado, antes y más allá del coronavirus, por un proceso de creciente individualización, circulación de *fake news* y generación de dispositivos de vigilancia y control social.

Frente a este escenario, el presente libro busca contribuir al esfuerzo en marcha de generar inteligibilidad sobre los aspectos sociopolíticos de la pandemia, mientras esta todavía se desarrolla, reuniendo análisis críticos y perspectivas de 48 autores/as de 28 países. Leídos en conjunto, estos capítulos escritos desde todos los continentes, y diferentes puntos de vista, crean un diálogo verdaderamente global sobre la crisis actual y el mundo contemporáneo, la forma en la que se exacerbaban las desigualdades y se diversifican las formas de control social, pero también sobre cómo se abren nuevas solidaridades y posibilidades de otros mundos posibles.

Premisas y perspectivas del libro

La perspectiva analítica que nos llevó a juntar estos textos articula cuatro convicciones. En primer lugar, entendemos la pandemia como un *acontecimiento crítico global* que marca una inflexión histórica. Aunque haya habido muchas pandemias anteriores y podamos identificar elementos comunes y distintivos entre ellas, se trata de la primera pandemia que se vive simultáneamente en todos los rincones del mundo con una inédita resonancia global. El virus no se detiene en las fronteras y se ha propagado muy rápidamente, revelando cuán profundamente conectados e interdependientes nos hemos convertido. Por ello, no es exagerado afirmar que estamos ante

la primera pandemia realmente universal, por su alcance, interconexión y visibilidad. Esto significa que ya está generando y llevará a impactos profundos, que también tendrán consecuencias globales. Los pasos que ahora se den podrán ser decisivos para el futuro, para bien o para mal, dado el momento dramático de nuestra humanidad. Por eso, nos parece central articular escenarios y temporalidades diversas de análisis, articulando corto, medio y largo plazo.

Segundo, la pandemia afecta a las personas y a los lugares de maneras muy distintas, por lo cual es fundamental captar las desigualdades y la diversidad de situaciones y posiciones. Más allá de lo que salta a los ojos y es diariamente discutido públicamente, es una tarea fundamental interrogarnos sobre aquellos temas, territorios y experiencias que, aunque muy reveladoras, no suelen tener el mismo espacio en los debates actuales. Sin negar la experiencia de las clases medias y altas del mundo occidental, u occidentalizadas, durante la pandemia, es indispensable “provincializarlas”, integrándolas en una perspectiva global con otras que permitan generar contrastes entre diferentes entornos culturales, geográficos y sociales. Aprender con otras realidades permite abrir nuevos horizontes analíticos y críticos para entender el mundo como un todo, bien como a descenrar nuestras propias vivencias y experiencias cotidianas. Ante esta realidad, debemos *pensar globalmente*. Eso no implica solo una mirada más abarcadora, sino considerar el fenómeno desde distintos lugares, articulando escalas y visiones de mundo para componer un mosaico amplio y diverso que lleve en consideración las dinámicas y conflictos que resuenan en el mundo de forma más transversal, más allá de conflictos parroquiales.

En tercer lugar, frente a muchas lecturas teleológicas o perspectivas deterministas, que ven en la pandemia la confirmación de sus análisis anteriores y se lanzan en predicciones precipitadas sobre el impacto estructural de la crisis, proponemos una perspectiva dinámica de la realidad social y política. El futuro está en disputa y los escenarios posibles son múltiples. No hay un *telos*, una lógica inevitable o un camino predeterminado que nos lleva a un mundo mejor

o, al contrario, a la exacerbación de las derivas autoritarias y del capitaloceno. Las consecuencias de los acontecimientos históricos son contingentes. De todos modos, hay sujetos que imprimen rumbos “desde arriba” y “desde abajo”. Entendemos, en este último caso, que los actores sociales y políticos, especialmente los movimientos sociales, son protagonistas de su tiempo histórico y se relacionan de maneras diversas con los cambios societales. Esta perspectiva pone en el centro el protagonismo de los actores y movimientos sociales como productores de la sociedad y, con este objetivo, también como productores de saberes y conocimientos. *Pensar con los actores* implica, por lo tanto, incorporar intencionalidades, racionalidades y subjetividades diversas y en disputa, algo central para vislumbrar las reacciones inmediatas a la crisis sanitaria, pero también las proyecciones futuras.

Nuestra cuarta premisa es la de una sociología pública y comprometida, que acompañe y contribuya a potenciar las luchas por justicia social, a la vez que genere contenidos accesibles a un público amplio. Si lo primero se da principalmente en la generación de espacios de articulación y coproducción de conocimiento entre universidades y movimientos sociales, lo segundo se materializa en nuestro proyecto “Open Movements”, hospedado por la plataforma “Open Democracy”. Desde hace cinco años, tratamos de fomentar, a través de este canal, la publicación y la circulación de textos concisos y directos por parte de activistas e investigadores de todo el mundo. Es una manera de intentar traducir a sectores diversos de la sociedad (más allá de la academia y de los propios movimientos), los resultados de experiencias colectivas y de investigaciones, llegando a la ciudadanía, a periodistas, a formuladores de políticas públicas, entre otros públicos. Si el momento actual está marcado por intentos de deslegitimación y de criminalización del pensamiento crítico por parte de diversos gobiernos autoritarios, la salida no puede ser ponerse a la defensiva y volcarse hacia adentro de la comunidad científica, sino lo contrario.

De la pandemia al cambio social

Durante los primeros meses de la pandemia global se han publicado miles de artículos, ensayos e incluso algunos libros sobre el coronavirus y el mundo contemporáneo. Los debates intelectuales y políticos oscilaron, en general, entre el *corona-optimismo* y el *corona-pesimismo*. En el primer caso, se celebraron las muestras renovadas de solidaridad, la enésima muerte del capitalismo, los aprendizajes positivos que la vivencia de la pandemia podría generar (como vivir mejor con menos o el reparto más equitativo del cuidado) y la rearticulación de iniciativas locales y sujetos colectivos. Ya en el segundo, se enfatizaron los efectos más deletéreos de la pandemia: el egoísmo y el utilitarismo, el mayor control social, las restricciones de libertad y el deterioro en las condiciones de vida.

Otras dos marcas importantes del debate global fueron la *urgencia del presente* y la *miopía de lo visible*. En lo que se refiere al primer punto, a la necesidad de actuar políticamente con apremio ante una situación extraordinaria, se crearon iniciativas interesantes, pero también lecturas que estuvieron marcadas por la perentoriedad y la rapidez. Se escuchaba frecuentemente en los conversatorios y foros virtuales: “ahora sí se ha acabado la modernidad”, “Nada será como antes” o incluso, en una versión más exagerada e irónica, “la historia mundial a partir de ahora se dividirá entre un nuevo A.C y D.C: antes del ‘corona’ y después del ‘corona’.

Por otro lado, siguiendo tendencias más amplias de la prensa y de las posiciones oficiales, muchos análisis acabaron centrándose demasiado o casi exclusivamente en los datos, gráficos y tablas. Contar el número de contagios y muertos y compararlos con otros lugares se convirtió prácticamente en una obsesión, mientras todos parecíamos ya expertos en analizar las tendencias y evoluciones de crecimiento o achatamiento de curvas. Si bien todo eso se relaciona directamente con las políticas adoptadas en cada lugar, para muchos la política se resumiría a la gestión de la crisis sanitaria y sus efectos,

mientras las protestas y resistencias sociales se ceñirían al activismo digital o a cacerolazos en los balcones. En definitiva, lecturas que ante un virus invisible acaban secuestradas por la dimensión más “visible” de la pandemia asociada al control de la crisis sanitaria.

Nos posicionamos de manera contraria a estas tendencias por tres motivos. Primero, aunque hay argumentos sólidos tanto entre los “corona-optimistas” como entre los “corona-pesimistas”, hay que asumir el carácter profundamente contradictorio de este momento histórico. Hay muchos peligros, pero también algunas oportunidades. La pandemia puede servir como una alarma y las derivaciones de sus señales dependerán siempre de los actores y su capacidad para influenciar los rumbos del mundo que viene, pero también de muchas disputas y conflictos, cuyos resultados son siempre imprevisibles. De esta manera, lo que se denomina como “nueva normalidad” es, en sí mismo, un proyecto de reconstrucción del capitalismo que se escuda en la inquietud de muchas personas de recuperar la sociabilidad y el empleo.

Asimismo, tendemos a sobrestimar la capacidad de cambios sistémicos cuando estamos inmersos en acontecimientos y crisis que marcan cambios de rumbos. Si bien las ventanas de oportunidad son reales, nos inclinamos a magnificarlas y a creer que todo cambiará radicalmente. Eso no es necesariamente así. Es fundamental abrirse a lo nuevo, pero también tratar de captar las continuidades, adaptaciones e innovaciones. Salir de la urgencia del presente como mirada cortoplacista para, en su lugar, movilizar acciones e interpretaciones más amplias, la historicidad de los actores y la procesualidad de la vida social y política. Buscar, en definitiva, distinguir aquello que sería característico de la pandemia de lo que puede quedar después, y lo que no. La urgencia existe y se relaciona, principalmente, con la necesidad de políticas que prioricen la justicia ecosocial en un contexto que tiende a acentuar las desigualdades o a incorporar, una vez más, lo “verde” como maquillaje sin preocupaciones por la equidad y la justicia. Sin embargo, lo urgente no nos puede hacer olvidar lo

importante, ni tampoco atarnos en una espiral que nos impida construir transiciones y horizontes utópicos.

Por fin, un tercer elemento tiene que ver con la importancia de considerar y rastrear las placas tectónicas de la sociedad, las insatisfacciones que emergen desde comunidades y colectividades diversas, pero que apenas tienen calado en las noticias de los grandes diarios. En otras palabras, mirar no solo a lo visible, sino a lo invisibilizado en tiempos de la pandemia. Eso se puede hacer de diversas maneras. En nuestros trabajos y en buena parte de este libro, eso se busca reconstruir a partir de las agendas, dinámicas y protestas comunitarias, de activismos diversos y de movimientos sociales. De ahí, pueden surgir no solo pistas relevantes sobre los conflictos emergentes, como también salidas diferentes a la crisis.

Seis desafíos ante la pandemia

El material aquí reunido ha sido escrito, como todo lo que se ha producido en este momento, al calor de los acontecimientos. Se podría argumentar que ante una coyuntura que se mueve de forma tan acelerada, el libro quedaría desfasado rápidamente. Eso puede ser parcialmente cierto, pero igualmente importante es disponer, en el futuro, de materiales que logren reconstruir minimamente las visiones y las disputas existentes en este momento histórico de pandemia del coronavirus. De todos modos, para que los textos no sean simplemente descripciones coyunturales, hemos solicitado a los autores que también trataran de apuntar a cuestiones, tendencias y proyecciones más amplias. Con esta intención, se ha movilizad un amplio arsenal de posibilidades teóricas y epistemológicas desde las ciencias sociales y del pensamiento crítico, con el objetivo de lograr una comprensión más global de la pandemia. Como resultado, el libro está estructurado en seis partes que coinciden con misiones centrales de las ciencias sociales ante la pandemia y nuestro tiempo.

Las respuestas políticas a la pandemia y la gobernanza de la Covid-19

El primer bloque del libro aún contribuciones que analizan las formas en que los regímenes políticos y los gobiernos nacionales han abordado la propagación del virus y la crisis sanitaria, y cómo esto revela ambivalencias, concepciones, debilidades y posibilidades en el enfrentamiento al coronavirus.

Los Estados nacionales se han impuesto como los principales actores encargados de hacer frente a la pandemia, movilizándolo de forma masiva. El Estado interventor fue reivindicado hasta por los neoliberales. Con él vinieron, en buena parte de los casos, las políticas de protección social y sanitaria, pero también los militares en las calles, los estados de emergencia en los que todo se suspende y la instalación de una peligrosa narrativa bélica. Y es que la vigilancia permanente (de las formas más clásicas a los rastreos digitales y drones), el control y el manejo de *big data*, los nuevos dispositivos de reconocimiento facial y otras formas sofisticadas de control social no se profundizaron solo para combatir a un virus. Medidas de concentración de poder adoptadas para combatir la Covid-19 pueden incluso ser necesarias para posibilitar el atendimento público de la salud y la “protección” de la población. Sin embargo, hay una frontera muy tenue entre eso y las prácticas autoritarias.

Durante la última década, hemos sido testigos de la emergencia y del fortalecimiento de líderes populistas y/o autoritarios que han puesto el nacionalismo, las agendas regresivas y la militarización de la vida en el centro de la agenda política mundial. Ante la pandemia, no han dado un paso atrás, sino que en la mayoría de los casos se han radicalizado. No obstante, también han sido frontalmente desafiados ya que el virus no puede reducirse a una gripe sencilla ni encapsularse en noticias falsas. Por ejemplo, los primeros fracasos del partido comunista chino para hacer frente a la nueva enfermedad apuntaban a las limitaciones de los regímenes autoritarios. No obstante, por más que la posibilidad de rebrotes sea inminente hasta

que no se encuentre una vacuna, el gobierno chino ha lidiado con la epidemia y ahora utiliza su experiencia y la ayuda internacional que brinda a otros países para fortalecer su diplomacia y sus redes comerciales.

La pandemia ha revelado, por lo tanto, no solo las fortalezas, sino también las limitaciones de los Estados y de los sistemas políticos nacionales. La falta de eficiencia de un gobierno nacional o los discursos reiterados de un líder estatal burlándose de la pandemia y retrasando las medidas de bloqueo pueden provocar cientos o miles de muertes adicionales. A pesar de innumerables advertencias, la mayoría de los gobiernos no han evaluado la importancia de la pandemia a tiempo y no han brindado protecciones básicas contra la propagación del virus a sus trabajadores de la salud, sin mencionar a toda la población. Frente a la crisis sanitaria, cada gobierno ha establecido su propia necropolítica. De esta forma, han dado menos oportunidades para que algunas personas puedan hacer frente al virus que otras. Incluso en los casos de aquellos que dicen que las vidas importan, vemos cómo las personas mueren en las periferias, en sus casas o en hogares de ancianos sin ninguna asistencia o sin aparecer en las estadísticas oficiales de la mayoría de los países.

Las respuestas estatales, además, han sido diversas y han variado según los perfiles de los regímenes políticos. Si en algunos casos primó un capitalismo de Estado autoritario, en otros la cara más social del Estado se asomó. Buena parte de los análisis sobre la gestión estatal de la crisis buscaron subrayar los casos de “éxito” y de “fracaso”. La variable principal, para ello, fue la contención de los casos de contagiados y de muertos. Por supuesto, puede haber estrategias más acertadas que otras y casos en los que el negacionismo, unido a la incompetencia (en esto es difícil ganarle a Bolsonaro y a Trump), ofrecen la peor cara de las respuestas ofrecidas. Pero no podemos olvidar que en el caso de los Estados dependientes de la periferia y la semiperiferia mundial, las dificultades para afrontar la pandemia son todavía mayores: sistemas de salud pública prácticamente

inexistentes, derecho al agua socavado, viviendas precarias y ultra-pobladas en las periferias urbanas y capacidades estatales limitadas.

Las dimensiones sociales de la pandemia

Si bien el virus puede afectar a cada ser humano, la pandemia nos afecta de manera muy diferenciada y la forma en que se trata el virus está estrechamente relacionada con factores sociales. La Covid-19 exacerba estas desigualdades entre países y entre marcadores centrales de estratificación, como los de clase, etnia, raza y género. Los científicos sociales, y entre ellos los autores de la segunda parte del libro, subrayan estas desigualdades, los impactos del coronavirus en diferentes ámbitos de la vida social y el surgimiento de redes y de solidaridades en este contexto difícil.

En todos los continentes, y en particular en países brutalmente afectados por la pandemia como Brasil, Estados Unidos, India, Reino Unido y Rusia, las minorías y los sectores empobrecidos han sido mucho más afectados por el virus. Buena parte de los gobiernos y la propia Organización Mundial de la Salud han tratado de diferenciar los datos existentes de contagio y de muerte por edad, lugar y sexo. La concentración de casos en determinados lugares periféricos, fuertemente racializados y donde viven las camadas más populares, ilustra bien esa realidad. Se habla habitualmente de la población con edad más avanzada como aquellos más vulnerables, pero poco se dice que ser negro en Brasil o afroamericano en Estados Unidos sí significa pertenecer a una “población de riesgo”.

Si asociamos, por lo tanto, los sistemas de discriminación, opresión y dominación a los datos objetivos y a los elementos subjetivos vinculados a la pandemia, se vuelve central una mirada interseccional que permita comprender cómo se experimenta la crisis y por qué la forma en que la enfrentamos es profundamente injusta y generadora de más asimetrías.

Apuntar a estas crecientes desigualdades sociales es fundamental para darle mayor centralidad a las dimensiones sociales de la

crisis e influenciar políticas que puedan minimizar sus impactos entre aquellos que no tienen acceso al agua, no pueden comprar alimentos, no tienen trabajo o tienen dificultades en mantener el pago de un alquiler. La contracara de estas realidades son las políticas de tributación solidaria como los impuestos a la herencia, a las grandes fortunas y a los mega emprendimientos; o políticas de ayuda social como la renta básica universal para tratar de remediar la pobreza extrema y las adversidades de la crisis. Estas y otras propuestas, como aquellas que tratan de avanzar en el cambio de un sistema agroalimentario absolutamente injusto a partir del marco de la soberanía alimentaria, son, en alguna medida, consecuencia de la articulación de los movimientos sociales y del trabajo de incidencia de las ciencias sociales en la política.

Movimientos sociales en tiempos de pandemia

Las contribuciones de la tercera parte del libro examinan, a su vez, las posibilidades transformadoras y los límites de los movimientos sociales frente a la crisis multidimensional y a la vida social fragmentada que ésta ha generado. Los movimientos comunitarios y populares juegan un papel especialmente relevante en el plano de la solidaridad para garantizar que las personas más vulnerables no sean abandonadas. Han surgido redes de solidaridad y apoyo mutuo en barrios y ciudades, en muchos casos dinamizadas por grupos y movimientos preexistentes, aunque en otros creadas por nuevas iniciativas ciudadanas a partir de situaciones concretas y demandas materiales emergentes en la crisis. Otras tendencias importantes de los movimientos sociales durante la pandemia fueron el fortalecimiento de la centralidad de los movimientos ecologistas y de justicia climática, bien como las redes vinculadas a la economía social y solidaria y la agroecología, que insisten en la necesidad de construir una economía relocalizada y generar un cambio radical en el sistema alimentario. Los movimientos feministas, por otro lado, también han sido fundamentales para ubicar el cuidado

en el centro de la vida e insertarlo en las agendas sociopolíticas tras la amplia visibilidad del reparto desigual de las tareas del cuidado provocada, por ejemplo, por la dinámica del trabajo durante la pandemia.

Sin embargo, no todo lo que se ha movido a nivel de iniciativas colectivas en tiempos de pandemia apunta a la justicia social. Movimientos conservadores y reaccionarios también han sido muy activos durante el *lockdown* y más allá. El racismo ha aumentado en todas las regiones del mundo desde el comienzo de la pandemia, dirigido a trabajadores migrantes en la India o en China, a afroamericanos y asiático-estadounidenses en Estados Unidos y, en todo el mundo, a refugiados, minorías y personas pobres acusadas de propagar la pandemia por no mantener el aislamiento físico. Las teorías de la conspiración se extendieron, propagándose por las redes sociales, dando lugar a una “infodemia” sin precedentes. En varias ciudades, activistas de extrema derecha establecieron iniciativas en los vecindarios durante el brote de coronavirus para apoyar a su “propia gente” y a los “ciudadanos de bien”, mientras atacaban a los trabajadores migrantes, extranjeros o habitantes de barrios marginales por supuestamente propagar el virus. Asimismo, protestaron en varias partes del mundo contra las políticas de aislamiento físico, incluso cuando la pandemia estaba en su apogeo. En Estados Unidos hubo manifestaciones, apoyadas por Trump, contra el cierre de negocios en la mayoría de las capitales de los estados. En Brasil, el presidente Bolsonaro no solo insufló, sino también participó en protestas contra las medidas sanitarias impuestas por los gobernadores estatales. En Alemania, los manifestantes incluyen activistas antivacunas, antisemitas y ultraliberales que enmarcaron el *lockdown* como el primer paso de un supuesto golpe impuesto por Angela Merkel.

Finalmente, la crisis sanitaria y las restricciones a la movilidad han acentuado la digitalización de muchos aspectos de nuestra vida cotidiana, desde la amistad hasta el trabajo, pasando también por las formas de protesta. Si bien el activismo digital ya se había convertido

en un componente cada vez más importante de los movimientos sociales en las últimas dos décadas, la pandemia fomentó una digitalización todavía mayor de los movimientos sociales y las formas de protesta. Éste ha jugado un papel importante en la formación y en la dinamización de acciones, redes y organizaciones colectivas. La difusión masiva de *smartphones*, incluso en los barrios periféricos y en las clases populares, convirtió las redes sociales en una herramienta utilizada también por los movimientos barriales. Aunque las redes digitales están impregnadas de noticias falsas, también ofrecen un espacio para difundir análisis alternativos y contra-información sobre prácticas que son profundamente territorializadas. De esta manera, incluso en tiempos de pandemia, es importante considerar el activismo *online* en su entrelazamiento con las experiencias de los activistas, las sociabilidades construidas y las dimensiones *offline* de los proyectos de ayuda mutua.

“The Covid-19 will not kill the revolution”: protestas y pandemia

El brote de Covid-19 ha interrumpido una ola histórica mundial de movilizaciones ciudadanas. Desde principios de 2019, oleadas de protestas semanales invadieron las calles de varios países del mundo. Pensemos en el *Hirak* en Argelia, en los *chalecos amarillos* en Francia o en las manifestaciones pro-democracia en Hong Kong. Pero también en los jóvenes iraquíes que ocuparon las calles cada semana para exigir oportunidades de trabajo y más democracia. O en las valientes mujeres y hombres de Sudán que pusieron fin a una dictadura feroz; en los libaneses saliendo a las calles de forma masiva para poner fin a un sistema político corrupto y confesional. A su vez, en América Latina, masivas protestas populares ocurrieron en Colombia y, principalmente, en Ecuador y en Chile contra el neoliberalismo y las desigualdades.

¿Qué ha pasado con todo eso durante la pandemia? Buena parte de las protestas semanales o el despliegue masivo de estas acciones de contestación se han interrumpido temporalmente. Sin embargo,

como lo demuestran los autores y las autoras de la cuarta parte del libro, más allá de las tesis habituales sobre la imposibilidad de protestar en el espacio público, vemos cómo en muchos países no solo siguieron las protestas, aunque con menor intensidad, sino cómo surgieron nuevas formas de movilización social, de solidaridades y vínculos comunitarios y de mediaciones políticas. Se mantuvieron movilizaciones episódicas, incluso bajo represalias autoritarias de los gobiernos para hacer cumplir el confinamiento o encuadrar las manifestaciones como “actos terroristas” o como atentados contra el estado de emergencia.

A pesar de las restricciones y dificultades inherentes a la protesta en un contexto como el de la pandemia, algunas lecciones importantes emergen de las experiencias vividas, entre ellas el diagnóstico de muchos activistas y grupos de que hay otros factores (como el machismo, el racismo, entre otros) que matan más que el virus. La protesta y la revuelta siempre se pueden desplegar a través de algún evento catalizador, incluso en momentos improbables como una pandemia. Este fue el caso, el 25 de mayo de 2020, del brutal asesinato de un hombre afroamericano, George Floyd, por un policía blanco en Minneapolis, que desató un ciclo de protestas antirracista sin precedentes en Estados Unidos desde las luchas por los derechos civiles en la década de 1960, impactando todo el mundo.

Es previsible que las protestas sigan expandiéndose en el mundo en los próximos tiempos frente a inminentes consecuencias sociales, políticas y económicas de la crisis mundial. Todavía es pronto para decir qué carácter puede tener un eventual nuevo ciclo global de protestas después de la pandemia. Lo que sí es posible examinar ahora –y es lo que trata de hacer este bloque del libro– es la protesta en el momento pre-pandemia, es decir, los procesos de movilización desatados en la coyuntura inmediatamente anterior a la crisis sanitaria. E incluso en estos casos, aunque la pandemia haya desactivado los repertorios públicos de contestación, no necesariamente apagó el espíritu que movió estas manifestaciones.

La batalla por futuros alternativos

La quinta parte del libro analiza la relación entre la pandemia como una crisis social, política y ecológica global y la apertura de nuevos horizontes históricos. Valora cómo la crisis y la forma en que los actores sociales la abordan pueden tener consecuencias a largo plazo, disputando los sentidos de las narrativas más convencionales sobre la pandemia y sus salidas posibles. Como consecuencia, se abren escenarios en disputa y se bosquejan caminos y propuestas de futuros alternativos en el mundo post-pandemia.

Como una crisis global de consecuencias y dimensiones inesperadas, la pandemia del nuevo coronavirus ha abierto nuevos horizontes de posibilidades y puede ser aprovechada como una oportunidad para remodelar el mundo de una manera diferente. Demandas e imaginarios que tenían poca cabida antes de la pandemia, pasan a ganar más visibilidad. Muchos enfatizan la necesidad de un mundo más sensible y atento a los derechos humanos, los cuidados y lo comunitario, además de a sistemas públicos de salud más fuertes. Sin embargo, la batalla por un mundo mejor, más verde y menos desigual, capaz de articular justicia redistributiva con justicia ambiental, étnica y de género, será muy ardua. Más allá de abrir nuevos horizontes y tratar de disputar los significados y las salidas a la crisis, hará falta mucha movilización, presión y articulación política global.

Por un lado, la izquierda global no vive su mejor momento. Por otro, por más que destaquemos las voces críticas, la forma en que se ha manejado la pandemia hasta ahora ha privilegiado la competencia sobre la solidaridad tanto en la sociedad como entre las naciones. Los más ricos intentarán salir más fortalecidos de la crisis, mientras se refuerzan las políticas de austeridad y de ajuste. En lugar de una mayor solidaridad a nivel nacional e internacional, la pandemia puede llevar a individuos y Estados a priorizar la protección de su propia comunidad sobre el bien común. Estas tensiones y conflictos son discutidos por los autores que integran esta sección del libro, que

apuntan también a algunos los principales nudos en las batallas por transformaciones a nivel personal, colectivo y societal.

Desafíos para el pensamiento crítico

La pandemia representa, finalmente, un enorme desafío para el pensamiento crítico. Tratar de desnudar los intereses y proyectos existentes por detrás del proyecto político-económico de la “nueva normalidad” es quizás el primero de estos desafíos. Más allá del diagnóstico y de la crítica como denuncia, también es necesario acompañar y escuchar, de forma activa y permanente, las voces de las resistencias. Tratar de aprehender las tensiones y las disputas, vislumbrar los escenarios posibles y los puntos ciegos. En lo que se refiere a la amplitud de la mirada, en foco en lo concreto y en lo local, no puede ser incompatible con una perspectiva global, como la sugerida por este libro, que se traduce en una apertura a un diálogo intercultural y a aprendizajes a partir de tradiciones intelectuales y políticas diferentes a las nuestras.

El “confinamiento” intelectual de miradas provincianas ayuda poco y sirve, además, para reproducir visiones exógenas y, a veces, coloniales y eurocéntricas. Por ejemplo, mucho se ha hablado durante la pandemia sobre el “riesgo”. Lo que muchas veces se plantea como “riesgo global” en el debate intelectual no es más que la construcción de una concepción particular de riesgo de las sociedades occidentales, impregnada de imaginarios locales sobre la “normalidad”. Además, esta “normalidad” de unos ha implicado siempre la “crisis” de otros. La “seguridad” de unos no existiría sin la “inseguridad” de otros. Bajo este paraguas, el riesgo en Europa y en Occidente como un todo se ha construido bajo una *illusio* elitista y restringida que protege a unos mientras excluye a otros.

Es responsabilidad del pensamiento crítico contemporáneo avanzar en este terreno, pero también buscar la articulación de constelaciones teórico-políticas y nuevas formas de una *praxis colectiva*, es decir, de relación entre teoría y práctica. El pensamiento crítico

en los últimos años muchas veces quedó muy atado a determinadas concepciones políticas, cerrándose de forma dogmática y peligrosa. Eso ocurrió, incluso, en diferentes lugares del mundo gobernados y hegemonizados, durante mucho tiempo, por fuerzas progresistas. Sin embargo, su carácter independiente, aunque necesariamente comprometido, es fundamental, así como su anclaje con los problemas que emergen del suelo de las dinámicas sociales y no solo desde especulaciones filosóficas. La pandemia ha destapado un terreno fértil de agendas y cuestiones que necesitan ser afrontadas en todas sus consecuencias por el pensamiento crítico. Algunas de ellas son esbozadas en esta sección final del libro a modo de desafíos para el futuro próximo.

Ecos globales

No deja de ser paradójico que la pandemia *global* sea tratada principalmente a través de lentes estatales y de un fuerte nacionalismo metodológico. El argumento central, por parte de sus promotores, es doble: por un lado, cada país tendría sus propias particularidades (contextuales, históricas, de estructura social y de arquitectura política); por otro, serían los Estados los principales actores en dar respuestas la crisis sanitaria. Aunque estos dos puntos son inexorables, no pueden ser leídos de forma rígida, ni tampoco pueden ser óbice para la construcción de respuestas políticas y de interpretaciones más amplias.

Para muchos, la pandemia ha sido un tiempo de repliegue, de regreso a las sociabilidades más cercanas y a un área de vida y de interdependencia restringida. Buena parte de las familias se han aislado en sus hogares y la prioridad de la mayoría de los gobiernos nacionales ha sido tratar de garantizar la atención sanitaria para proteger a *su* población contra la Covid-19. Los Estados han cerrado sus fronteras. Los viajes y la movilidad se han reducido drásticamente. Grandes eventos internacionales han sido cancelados o pospuestos.

Es, por lo tanto, imperioso fomentar una perspectiva global multi-situada sobre este acontecimiento que impacta la vida de miles de millones de seres humanos. Sin embargo, proponer una perspectiva global no significa ceder a un “globalismo metodológico” o limitarse al macroanálisis, como muchas veces ocurre. Fomentar una perspectiva global tampoco significa descartar las demás escalas. Por el contrario, es crucial articular escalas y niveles de análisis, de lo local a lo global, y de la subjetividad personal a la globalización. Una perspectiva global adecuada requiere, de este modo, conocimientos empíricos, epistémicos y analíticos de diferentes regiones del mundo, integrándolos en un mismo esfuerzo cognitivo.

Si bien los artículos reunidos en este libro remiten a diferentes coordinadas, temas y realidades, invitamos a los/as lectores/as a procesarlos en conjunto, tratando de descifrar los *ecos globales* de la pandemia. La metáfora del “eco” alude aquí a cinco sentidos diferentes y complementarios:

(1) *Repetición*: La llegada de la actual pandemia abre el debate sobre su relación, similitudes y diferencias con pandemias previas en la historia (desde las más antiguas como la Peste Negra o la mal llamada “Gripe Española” hasta las más contemporáneas, como el *Severe Acute Respiratory Syndrome* – SARS). El eco global como repetición nos lleva a pensar que, a pesar de los diversos avisos sobre la necesidad de prepararnos para mitigar los efectos de una posible pandemia en un mundo fuertemente interconectado, la prevención no fue tomada en serio por los Estados y las élites políticas. Sin embargo, las cosas no se repiten nunca exactamente de la misma manera. Aunque haya habido muchas otras pandemias en la historia, ninguna de ellas es igual a las demás y se dan en escenarios societales y geopolíticos diferentes. Asimismo, la repetición, si proyectada hacia adelante, puede también significar que esta crisis puede repetirse en el futuro. Cuán preparados estaremos si eso vuelve a ocurrir es una pregunta que habrá que empezar a hacerse, antes que sea demasiado tarde.

- (2) *Imitación y reproducción*: Lo que se hace en un lugar sirve de referencia o de inspiración para otros, sea para evitarlo, sea para emularlo. Cuando el nuevo coronavirus, fue descubierto en la ciudad china de Wuhan en diciembre de 2019, la reacción de la gran mayoría de los países fue restarle importancia. Sin embargo, tan pronto la pandemia se fue extendiendo por el mundo, buena parte de la población vivió emociones similares (agobio, ansiedad, frustración, impotencia, miedo y perplejidad), mientras los gobiernos trataron de mirar hacia fuera para calibrar sus propias acciones. Lo que ocurría en otros países y las medidas tomadas por los demás gobernantes del mundo pasaron a servir como base para construir los parámetros internos. Aunque las cosas no funcionan de la misma manera en los diferentes lugares, “buenas prácticas” pudieron adaptarse, mientras que propuestas atropelladas fueron relativizadas o descartadas. De esta manera, el eco como imitación y reproducción presupone un entendimiento de la interconexión global de la pandemia y sus implicaciones en términos de difusión política.
- (3) *Sentido de difícil percepción*: Aunque muchas voces hayan tratado de darle diferentes sentidos a los contornos sociales y políticos de la pandemia, es imposible esbozar una lectura unívoca o definitiva. El eco, en esta acepción, evoca una auténtica ola semántica, con movimientos que van y vienen y que no están todavía sedimentados. Descifrar la pandemia y sus implicaciones mientras esta ocurre es, por lo tanto, un esfuerzo siempre parcial y provisional, cuyo sentido no está cristalizado o decantado. Resta así tratar de descifrar los múltiples significados de la crisis, las disputas políticas entorno a éstos, bien como las agendas, acciones y proyecciones de los actores sociales y políticos en la actual disyuntiva histórica.
- (4) *Resonancia y repercusión*: Aunque las consecuencias y reverberaciones de la pandemia puedan ser distintas y desiguales,

repercute fuertemente en diferentes ámbitos como una especie de “señal de alerta”: sobre el carácter del espacio doméstico, el reparto del cuidado y la gestión del tiempo en sociedades marcadas por la aceleración y la impronta del patriarcado; la imperiosa necesidad de defender los sistemas públicos de salud tras décadas de abandono y privatización, entre otras muchas cuestiones que resuenan constantemente en los debates contemporáneos.

- (5) *Oikos*: No solo eco del latín *echo*, sino también del griego *oikos*, es decir, *lo -eco* como casa, como “ámbito vital”. El *ecosistema* como la comunidad de seres vivos en la que nos relacionamos y habitamos un lugar común, *Gaia*. De hecho, hace ya bastante tiempo que luchas comunitario-territoriales y movimientos sociales, principalmente ecologistas e indígenas, denuncian que los desequilibrios ecosistémicos –causados por un modelo destructivo de desarrollo basado en el crecimiento económico permanente, en la velocidad de la globalización capitalista y en el consumo desenfrenado– nos abocarían no solo a un deterioro global que conllevaría a muchos riesgos a la salud y a la vida, sino también a una ruta acelerada hacia el colapso. Esta última acepción del eco, entendido como *oikos*, acentúa la centralidad de la lucha contra el antropoceno, pero también subraya nuestra fragilidad y vulnerabilidad ante un mundo cada vez más imprevisible y volátil.

Agradecimientos y plataformas para un diálogo global en las ciencias sociales

Las semillas del presente libro remiten al proyecto editorial Open Movements, una iniciativa del Research Committee on Social Classes and Social Movements (RC-47) de la Asociación Internacional de Sociología, creada en 2015 en asociación con Open Democracy, plataforma digital independiente conocida mundialmente. Desde

los inicios del proyecto, fueron publicados más de 200 artículos de todas las regiones del mundo, que trataron de dialogar con sus premisas intelectuales de “abrir” el debate sobre los movimientos sociales de cinco formas diferentes: a los cambios societales; al diálogo con el Sur; a la combinación de escalas y niveles de análisis forjando una sociología global; al aprendizaje y actuación con y desde los movimientos; y a la sociología pública.

Algunos de los artículos aquí incluidos fueron publicados originalmente en *Open Movements*. Otros fueron escritos expresamente para este libro. A todas/os las/os autoras/es se les pidió lo mismo: un texto corto y directo, escrito en lenguaje accesible para un público amplio, en el cual pudieran sintetizar sus argumentos sobre temas diferentes relacionados a la pandemia. Sus contribuciones se basan en investigaciones sustantivas y en el acompañamiento de realidades concretas y nos proporcionan herramientas para comprender la crisis y los desafíos que plantea. Queremos agradecer especialmente a Rosemary Bechler por todo su apoyo a nuestro proyecto dentro de Open Democracy y también a Francesc Badia por la amabilidad y colaboración permanente con *Democracia Abierta* en los últimos años.

Otro pilar importante para la concepción y la ejecución del libro es la cooperación entre tres instituciones claves de las ciencias sociales en América Latina y en el mundo: la Asociación Internacional de Sociología (ISA), la Asociación Latinoamericana de Sociología (ALAS) y el Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales (CLACSO). La cooperación entre referentes regionales y mundiales muestra una disposición a la colaboración que viene creciendo, felizmente, en los últimos años. Tras décadas de intercambios más informales, ALAS y CLACSO firmaron a principios de 2019 un acuerdo de cooperación para institucionalizar y potenciar la cooperación en ámbitos diversos, incluyendo el editorial. A finales del mismo año, se firma también un acuerdo entre ALAS, CLACSO e ISA para estrechar lazos de colaboración e intercambios. Como materialización de estos acuerdos, a mediados de abril de 2020, las tres instituciones organizaron el Conversatorio “Coronavirus y disputas por lo público y lo común”,

difundido virtualmente y visto por miles de personas. En junio de 2020, ALAS y CLACSO se unen, una vez más, para apoyar y presentar una iniciativa impulsada por un amplio grupo de personas y organizaciones sociales y políticas de América Latina: el Pacto Social, Ecológico, Económico e Intercultural para América Latina, también conocido como Pacto Ecosocial del Sur. Ahora, el presente libro aparece como una muestra más de esta cooperación interinstitucional.

Agradecemos a las máximas autoridades de estas tres instituciones, respectivamente a Jaime Ríos Burga, Karina Batthyany y Sari Hanafi, por el apoyo al proyecto del libro, pero también por la voluntad de promover y de dar más visibilidad a las contribuciones de las ciencias sociales y del pensamiento crítico de América latina a las ciencias sociales y al pensamiento crítico globales. En CLACSO, además, agradecemos a Pablo Vommaro, a Nicolás Arata y a María Fernanda Pampín por su crucial papel para que este proyecto llegara a buen puerto. Margot Achard, a su vez, fue decisiva en el soporte logístico a este proyecto colectivo tan complejo por involucrar una enorme diversidad de autores/as e idiomas. Por fin, las traductoras de Democracia Abierta y muy especialmente María Paula Vasile han sido fundamentales por la cuidadora traducción de más de la mitad de los artículos del libro, originalmente escritos por sus autoras/es en inglés, francés o portugués.

Aunque resulte muy difícil, esta es una cuestión estratégica. Como hemos tratado de argumentar, solo habrá una salida más justa a la pandemia y a la crisis si fortalecemos los diálogos globales, en los terrenos científico, intelectual y político. No basta solo con sumar algunos países, sino promover activamente la circulación y la confrontación de ideas y propuestas. A lo largo del último cuarto de siglo, desde el surgimiento del movimiento neozapatista en México, los movimientos indígenas, campesinos, ecologistas y feministas latinoamericanos se volvieron una fuente de inspiración para las luchas sociales del mundo. A su vez, el pensamiento sociopolítico de la región también tiene varias contribuciones relevantes para ofrecer al mundo, que no cesaron con la teoría de la dependencia, ni tampoco

se resumen al debate sobre la colonialidad. Si construimos un libro con perspectiva global con amplio espacio para contribuciones latinoamericanas y del Sur Global, lo hacemos por reivindicar el papel de las y los actores, intelectuales e investigadores que no suelen estar incluidos en esfuerzos de este tipo. Que vengan muchos otros.